

Juan Firula, del Mapocho a California

Por Andrés Sabella

ARMANDO Méndez Carrasco es un hombre que necesita hallarse en el fuego de cualquier combate. Si ello no aconteciera, sufriría graves quemaduras interiores.

Lo conocimos cuando servía un puesto en Carabineros, desem-

peñándose con alegría en cosas que se encontraban muy distantes de sus aficiones y satisfacciones. Eran éstas el baile y las charlas de noche, en cualquier esquina de la tierra.

Comenzó a escribir, de pronto. Nació, así, en parto fácil, su libro de cuentos "Juan Firula" y, enseñada, sin descanso de imprentas, vinieron otros, como su celebrado "Chicago Chico", donde novela uno de los ambientes bohemios de Santiago, de pulsación más intensa, en sus años: el que iba por Merced, de Estado a Miraflores resonante de bares y billares. Ahí, Méndez ganó un apodo honroso: lo llamaban "el Victor Hugo", porque siempre se lo veía, de cabeza, sobre una mesa colmada de papeles, escribiendo ajeno al bullicio.

Intimamos con él en las tertulias del Café "Iris", junto a Irma Astorga y Mario Ferrero, en medio de los muchos poetas que acudían, puntualmente, por las tardes, para el amable ejercicio de hablar y hablar de poesía.

La amistad de café se tornó amistad de vida. Podríamos escribir una gruesa novela, contando cuántas historias vivimos con Armando. Las habría, de vacaciones en Carrizal de Putú, a las tiernas sesiones de jazz en que ambos llorábamos con "Saint Louis Blue", en su casa de Curianca; del ramo de copihues que llevamos a una niña detenida en Investigaciones, a las jam-sessions de "La Antoñana".

Un día, dejó de ser Armando Méndez Carrasco para resurgir en Juan Firula, celebrando, de

este modo, a uno de los personajes capitales de sus narraciones. Como Juan Firula, fundó ediciones y cuadernos de arte, sin olvidar jamás la conmovida alianza que tuvo —y tiene— con los "pelusas" del Mapocho, a quienes ha mostrado y defendido en sus obras.

Súbitamente, desapareció del país, apareciendo en Estados Unidos. En Los Angeles, se instaló e intentó diversas gestiones para terminar, ahora, en pintor. Ha expuesto, recientemente, en Galería de Arte Lawrence, de Santiago, sus pinturas de negros. Porque Juan "Firula", como, también, lo designamos los íntimos, fue y sigue siendo un adorador de los negros, al punto de confesar que debió nacer negro. Luis Sánchez-Latorre lo presentó, en su exhibición, con blancas palabras de amistad, informando que "Sus cuadros son adánicos de verdad". ¡Gran elogio para "El tío Mono!".

En la línea encantadora de Luis Herrera Guevara, nuestro pintor "naif" más exaltado, Juan Firula prolonga sus bríos espirituales: de la palabra, al color, de la palabra ensangrentada por el drama sórdido de los desheredados, al festival de sus colores de infancia.

Retornará a su hogar en Beverly Boulevard de Los Angeles, asegurando que, en Chile, tiñó las aguas del río Mapocho para alegrar la vista de los "pelusitas". Y nadie dudará de esto. Es el poder de triunfo de este Juan Firula, capaz de "mandar presa" a la Luna, porque enfriá demasiado a los pobres.